

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 264

Valencia, 23 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

### A propósito de dos promesas

La primera de las promesas en que pienso en este momento es una promesa italiana, o más bien, fascista. Aunque es muy reciente, quizá convenga refrescar la memoria.

Fué después de Nyon. Parecía que las potencias pacíficas iban, por fin, a emprender la defensa activa de la paz. El Gobierno de Roma, impresionado por la nueva actitud, se dispuso a negociar. A Francia, que exigía la inmediata retirada de las tropas de invasión que ocupaban parte de España, le explicó que tal operación era difícil, pero que, al menos, se comprometía a no enviar nuevos refuerzos. Lo prometió de una manera positiva, inmediata, solemne. Comprometió en ello su honor y obtuvo como recompensa amplias concesiones: se encargó a los barcos de Mussolini que buscaran a los torpederos desconocidos y les hicieran volver a la razón.

Pero no bien hecha la promesa, fué violada de manera manifiesta: Londres y París recibieron la prueba de que seguían llegando refuerzos a las tropas italianas de ocupación después de la promesa, en mayor número que antes. Me veo en la obligación de añadir que la diplomacia italiana obtuvo, una vez más, la esperada recompensa con esta «actitud de comprensión». Se accede a sus condiciones para entablar la proyectada negociación, ¡que tendrá efecto en el Comité de No Intervención y en presencia de Alemania!

¡Qué bien comprendemos la reflexión del «Daily Herald»: «Nunca ha sido más necesaria una acción firme y decidida, y, desgraciadamente, nunca ha habido tanta duda e indecisión!»

La segunda promesa de que voy a hablar es una promesa nazi, la cual está destinada, si no me equivoco, a substituir la que hizo Alemania en Locarno, que fué violada a pesar de que el fñhrer reconoció expresamente que estaba ligado a este compromiso, ya que Locarno no era un «Diktaat», sino un tratado libremente consentido.

¿Qué valor tiene este «ersatz»? «Le Temps» nos da un consejo excelente cuando nos invita a «examinar de cerca los términos de la declaración alemana para darnos cuenta del exacto alcance de esta iniciativa». Ello constituirá un trabajo importante y difícil, pues a los diplomáticos, según la célebre frase de Talleyrand, se les ha dado la palabra para disimular su pensamiento. Pero hay cierto número de cosas que extrañan a primera vista y que podemos hacer constar desde ahora.

La Alemania de Hitler nos defenderá: «El Gobierno del Reich está dispuesto, como el Gobierno real británico y el Gobierno francés, a prestar ayuda a Bélgica, o en el caso en que fuese objeto de un ataque o invasión.»

El comentario oficioso habla de ayuda «en el caso en que Bélgica la pidiese», y nuestro ministro de Negocios extranjeros subraya la cosa con infinita razón. Pero a mí me sorprende algo que esta condición oficiosamente afirmada, no se vuelva a encontrar en el terreno oficial. ¿Por qué? Podemos extrañarnos sin mostrar una desconfianza excesiva. La diplomacia, no se vuelva a encontrar en el texto hoy las sigue con bastante más libertad que en 1914, ya que está exenta de toda investigación popular. En 1914, el Reich no esperó nuestra solicitud de ayuda para «protegerlos» contra

una invasión francesa, que no se había producido.

La «ayuda» no solicitada, podría ser mañana, como ayer, la peor forma de agresión.

\*\*\*

Esta existencia se nos promete —o estamos amenazados por ella—, no sólo para el caso en que nos ataque un tercero, sino también para aquél en que sufriésemos una invasión.

Y, por otra parte, el compromiso de no atacar contra la integridad o la inviolabilidad de Bélgica quedaría anulado en el caso en que Bélgica tomase parte en una acción militar contra Alemania.

El comentario dice claramente que ello sería así, no sólo si Bélgica participase en las operaciones con sus fuerzas armadas, sino también si pusiese su territorio a disposición de los adversarios de Alemania, ya como terreno de paso o como base de operaciones. Estas expresiones, sobre todo la segunda, son bastante vagas. Se puede considerar sin forzar mucho el sentido, que permitimos que nuestro territorio sea utilizado como base cada vez que hagamos o dejemos hacer trabajos —Dios sabe cuán diversos podrían ser—, que, según Alemania, facilitarían a algún vecino las operaciones militares contra ella.

Así, pues, ya suframos una invasión o aceptemos, bajo cualquier forma que sea, una cooperación considerada por Alemania como militar, con algún vecino, aunque sea ejecutando nuestros compromisos con la Sociedad de Naciones, el Reich afirma su derecho de intervenir en nuestro territorio. Nunca lo había hecho con tanta claridad. Confieso que no puedo ver en esto lo que habitualmente se llama una garantía.

\*\*\*

Pero hay más.

La Alemania de Hitler, fundándose en una determinación que, según ella, hemos expresado, adquiere ciertos compromisos respecto a nosotros, que son bastante aleatorios.

La determinación aludida parece ser la de «impedir que el territorio belga sea utilizado con miras a una agresión contra otro Estado». Nada más natural en apariencia. Pero el comentario muestra que, para las autoridades del Reich, sería considerado como una agresión hasta el hecho de participar en una acción común para hacer respetar los compromisos de la Sociedad de Naciones.

Es evidente que nunca hemos tomado la determinación que se nos imputa en el sentido que se le atribuye. No hubiéramos podido hacerlo, sin violar abiertamente nuestros compromisos, y nadie ha pensado nunca en Bélgica en hacerse culpable de semejante falta de fe.

El Gobierno de Hitler nos promete mantener la palabra que nos dio en Locarno, lo cual continúa ligándole al compromiso adquirido; pero a condición de que por nuestra parte mantengamos un compromiso que no habíamos adquirido y que no podríamos adquirir sin faltar a la fe de los tratados.

En los tiempos inciertos en que vivimos, tengo un poco de miedo, lo confieso, de hallarme en la oscuridad.

LOUIS DE BRUCKERE

(«Le Soir», 16-X-937.)

### LOS SIN- dicatos ame- ricanos se al- zan contra los provo- cadores de guerras

Ningún pueblo libre puede  
permanecer neutral

DENVER. — El Congreso de la Federación Americana del Trabajo ha terminado con la aprobación, votada por unanimidad, de una declaración contra la guerra. Recuerda esta declaración el gran interés que la Federación atribuye al conflicto chinojaponés, y condena los ataques contra las poblaciones civiles de China, y, en general, las violaciones de los tratados.

«Las instituciones democráticas —dice— han sido sustituidas, en varios países, por un orden basado en la fuerza y en la violencia y el bienestar individual, por el sometimiento servil al Estado. Los conflictos armados que se desarrollan actualmente en Europa y en China y la amenaza de una nueva guerra mundial, nublan el horizonte del mundo civilizado. El mundo trabajador detesta la guerra, pues sabe muy bien que no resolvería los problemas planteados y el mundo trabajador americano no desea verse mezclado en las luchas de Europa y Asia.»

Recordando que la política americana ha consistido en lograr la neutralidad, añade que ante los atentados contra la integridad de las naciones, los bárbaros ataques contra las poblaciones civiles, y la ignorancia manifiesta del derecho de gentes, «ningún pueblo libre que tenga conciencia de sus obligaciones morales para con los que no pueden defenderse, puede permanecer neutral».

Y añade: «La acción concertada de los pueblos libres para proteger el derecho del mundo a gozar de la paz es nuestra única garantía.»

El Congreso ha votado, también por unanimidad, el mantenimiento del boicot de las mercancías alemanas y ha renovado la decisión semejante tomada a principios de semana contra el Japón.

(«Le Peuple», 17-X-937.)

### Aumenta el terrorismo en Italia

#### Desaprobación pública de la intervención en España

En los últimos meses ha aumentado el terrorismo policiaco en Italia. En varios sectores de la clase media, en los campesinos, y en los pequeños comerciantes se han apreciado síntomas significativos de cansancio político. La clase media, a pesar del tono antibritánico de la prensa y la radio italianas, demuestra su desaprobación por la actividad imperialista del gobierno; y cada día es más impopular en ella la intervención en España; así vería con agrado que mejorasen las relaciones con las potencias occidentales y principalmente con la Gran Bretaña. Está cansada de esta tensión constante.

Todo esto no se exterioriza sino con la mayor reserva y entre personas de absoluta confianza, pues la expresión de este punto de vista se castiga con severidad brutal. La policía ha desalojado todos los nidos de la oposición que ha podido encontrar. A los detenidos y los sospechosos se les somete a las mayores crueldades del sistema policiaco italiano. Se administra aceite de ricino y se apalea a los detenidos políticos como nunca. Cualquier censura que llega a oídos de la policía tiene consecuencias terribles.

En los últimos meses se han abierto nuevos campos de concentración para internados políticos. Estos campos están situados en las regiones más apartadas y salvajes, algunos en el Sur de Italia; en Pietragalla, cerca de Potenza y en Genzano, cerca de Roma. Entre los últimos deportados figura un fabricante de seda, condenado a cinco años de internamiento por infringir las disposiciones sobre el cambio, y un periodista, sospechoso de actividades antifascistas. Los nuevos campos tienen ya muchos aislados que viven en condiciones durísimas.

Florenia es un centro de considerable agitación. El paro forzoso es mayor que en otros lugares, y los pequeños campesinos, los comerciantes y la clase trabajadora han ofrecido franca resistencia al régimen. En la pequeña ciudad industrial de Empoli, a 38 kilómetros de Florenia, la policía descubrió una organización ilegal de bastante importancia, en la cual se recaudaba dinero para el Gobierno español. La policía detuvo a unas 130 personas. Otra organización semejante fué descubierta en Pontassieve; pero se desconoce el número de detenidos. En ella se hacía propaganda contra la intervención en España. En Florenia ocurrió recientemente un incidente de otra índole; de 50 a 100 ex soldados, que en su mayoría habían servido en las colonias, se dirigieron en grupo compacto a la oficina fascista local y pidieron que se les diera trabajo inmediatamente.

EL CORRESPONSAL DIPLOMATICO

(«The Manchester Guardian», 14-X-937.)

# HITLER -- MUSSOLINI

1.—Ninguno de los dos cree en los valores positivistas raciales y liberales que se desprenden de la Revolución francesa.

2.—Tampoco creen en el hecho de que el Gobierno de una nación pueda estar asegurado por la reunión de votos que van de abajo arriba.

3.—Ambos son partidarios de la vuelta de la hegemonía europea, lo cual consideran posible de dos maneras:

a) Desaparición de la competencia entre los grandes Estados (los cuatro).

b) Suprimir en el interior el movimiento obrero refractario, así como el carácter pacifista.

4.—Los dos son enemigos del socialismo y del comunismo, y opuestos a la democracia liberal.

5.—Los dos están encerrados en un círculo de economía forzada, que procede de la ruptura de sus lazos de unión con los grandes mercados y los centros de crédito, a causa de la falta de oro y de divisas. Así se han visto obligados a elevarla, según la presión, a una política defensiva y de guerra.

6.—Ambos buscan el medio de salir de esta situación siguiendo una política presionante con la que tratan de obtener colonias y crearse beneficios complementarios en la estructura económica y financiera de tal o cual país.

Todos los puntos que acabamos de enunciar aproximan a estos dos países. He aquí los que los separan:

1.—Alemania piensa hacer una incursión hacia el Suroeste de Europa, formando el *Anschluss* ideológico en el caso en que no lograra crearlo de hecho. El papel de ayudar a esta tendencia le ha sido encomendado a la política económica.

2.—Pero este deseo tropieza con la ideología de la Iglesia católica.

3.—Ambas naciones quieren firmar la paz con Inglaterra. (Con Francia e Inglaterra si es posible.) Pero cada una de ellas recela que la otra se adelante. De suerte que el eje Berlín-Roma es tan poderoso desde el punto de vista ideológico como débil desde el diplomático. Sin insistencia en la fórmula de los cuatro, sin aceptar ningún compromiso en las empresas diplomáticas tiene en eso su origen. La realización de los cuatro supone, aún antes de ocupar un sitio en torno a cualquier mesa de negociaciones diplomáticas, ganar la batalla ideológica, y por tanto, alejar a la Rusia soviética de los asuntos europeos.

¿En qué medida cambiarán los jefes de los dos Estados sus planes y su lógica de acción después de sus recientes entrevistas?

Los resultados que han obtenido hasta ahora no son nada positivos. Francia e Inglaterra no han aceptado que los pretextos ideológicos se expongan a los intereses diplomáticos y han puesto por delante con insistencia, el «armisticio de los regímenes». Y lo han logrado, pues al mismo tiempo que firmaban el acuerdo de Nyon con la Rusia soviética, invitaban a Italia a tomar parte en las relaciones encaminadas a arreglar definitivamente la cuestión española.

BURHAN BELGE

(«Ankara» (Turquía), 7-X-937.)

## Ante la reunión del Comité de Londres

Pocas horas antes de la reunión del Comité de No Intervención, en Londres, el ministro de Estado señor Eden creyó oportuno dirigir una seria advertencia a los Gobiernos italiano y alemán. El señor Chamberlain, en sus dos recientes discursos, no hizo referencia alguna a los asuntos de España y su mutismo se interpretó en Roma y en Berlín en el sentido de que el Gabinete británico iba a permanecer en actividad pasiva y que su capacidad de aceptar las mayores provocaciones no se había agotado. Las palabras del señor Eden, a quien el primer ministro renovó, hace pocos días, públicamente, su confianza, dispararán, sin duda, tal creencia.

El señor Eden declara que «los Estados que tienen sentido de su responsabilidad para con Europa» han agotado su paciencia. Y agrega que si uno de ellos recobrara su libertad de acción y se desprendiera de los acuerdos de no intervención firmados desde hace un año, el Gabinete de Londres no se consideraría con derecho a censurarlo, frase que en manera alguna nos complace, porque da a entender que Francia e Inglaterra pudieran no seguir la misma línea de conducta, pasando la una a la acción y la otra limitándose a la aprobación moral. Pero quizá no convenga insistir demasiado en ese párrafo, puesto que, a continuación, el ministro añade, en términos claros, que su país no podría desinteresarse ni de lo que pudiera emprenderse contra la integridad del territorio español, ni de la política exterior del futuro Gobierno de Madrid, ni de las líneas de comunicación mediterráneas con Levante y con la India. Esta defi-

nición de la política inglesa basta para ligar estrechamente a los dos Estados occidentales en relación con las repercusiones internacionales del conflicto español.

Hagamos votos por que, en consecuencia, estas naciones no se separen nunca, ni en sus gestiones, ni aún en sus negociaciones. Es sensible, por ello, que Lord Perth haya ido a pedir al conde Ciano la seguridad de que la nota italiana del 9 de octubre —en la que se afirma que el Gobierno italiano no aceptaría entrar en negociaciones con otras potencias si Alemania quedase descartada—, no se refería al caso de un cambio de impresiones angloitaliano. No debe decirse nada, ni hacerse nada que permita suponer que en el Mediterráneo y alrededor del Mediterráneo los destinos de Francia y de la Gran Bretaña no están tan estrechamente ligados como en las fronteras continentales. ¿No hablan bastante claro las divisiones enviadas a Libia?

Otro concepto del discurso del señor Eden exige una réplica. Eden observa que en la guerra civil no sería permanente ninguna victoria que procediese de la intervención del extranjero y que, a la larga, el pueblo español resolverá por sí mismo sus asuntos y expulsará a sus pretendidos protectores. Ello es evidente. Pero, más o menos implícitamente, ¿no lleva a que se saque de su razonamiento la conclusión de que, para restablecer su seguridad mediterránea, Francia e Inglaterra no tienen más que dejar que hagan su obra los acontecimientos? Ello sería un gran error. Ni Eden ni nosotros dudamos de que el pueblo español acabe

# ¿A dónde va Mussolini?

Bajo el título: «Francia no es una potencia colonial», «L'Azione Coloniale», periódico oficial del Ministerio de Colonias de Italia, escribía la semana pasada: «Hay que acabar con los lugares comunes que representan a Francia como una gran potencia colonial. ¡Abajo la careta humanitaria, el bluff y los trucos! Privada de dignidad, de energía y de fuerzas espirituales suficientes para imponer a sus súbditos el respeto y la admiración de la potencia dominadora, Francia ha acabado por fundirse con los pueblos que domina, en una confusión sin precedentes de los valores humanos y sociales. Francia es, sencillamente, una nación europea que ocupa territorios en Ultramar. No es, de ninguna manera, una potencia colonial, porque no puede existir potencia en donde no ha habido nunca sino impotencia.»

Reconozcamos que nuestra hermana latina no se moleste en buscar eufemismos cuando nos dirige semejantes cumplidos. Ni nuestros propios nacionales cien por cien, podrán decir lo contrario.

El que «L'Azione Coloniale» nos tache de impotentes, poco nos importa. Lo grave es que los lectores de esta hoja fascista y todos los hijos espirituales de Benito Mussolini se figuren que ha «llegado el momento» y que no hay más que una solución:

Organizar en Francia una pequeña revolución fascista a jeringazos de aceite de ricino o con ametralladoras último modelo, según el carácter y la testarudez de los republicanos de nuestro país.

Yo os ruego que no os riáis. Lo inverosímil, como dice «Regards», se hace cada vez más verdadero, y la prueba está en el famoso plan Mancini revelado por este valiente periódico:

«Fué en Burgos, el 14 de julio pasado, día de la fiesta nacional francesa —¡oh ironía!—, cuando el general italiano Mancini expuso al Estado Mayor del general Franco su proyecto de desencadenar en Francia un movimiento insurreccional que tendría, en seguida, repercusiones en Cataluña. A este Consejo de guerra asistían también oficiales alemanes de la Reichswehr.

¿En qué consistía el plan Mancini?

Tratábase ni más ni menos que de sembrar el terror durante los meses de agosto y septiembre en la población francesa, por medio de atentados cada vez más terribles, que los «nacionales» franceses podrían explotar, políticamente, en favor suyo.

El golpe supremo había de darse en la noche del 8 de octubre. Los fascistas franceses habrían sido armados mediante grandes envíos de material de guerra, pasados de contrabando por los Pirineos. A primeros de septiembre, se supo que cuatro vagones de armas y municiones, de origen alemán, estaban preparados al otro lado de los Pirineos para ser pasados a Francia.

Este contrabando de armas estaba dirigido por el comandante Troncoso, detenido con motivo del asunto del submarino «C-2», por el capitán Ibáñez, ayudante de Troncoso —y que trabaja con los oficiales alemanes—, y por un llamado Guillermo Echenique, hombre de confianza de Troncoso que, durante la guerra, intraducía en Francia armas y explosivos alemanes.

Conviene decir que una parte de este contrabando entró en Francia. Depósitos de armas —pistolas ametralladoras alemanas de nueve milímetros—, fueron acumulados en París, en Argers y en algunos pueblos de los Pirineos, principalmente en Asquin, bajo la dirección del marqués de Linares, el mismo que participó en el golpe de mano de Brest. Más aún: la policía y la Aduana han obtenido pruebas materiales de que este contrabando, realizado por orden de Troncoso, ha sido intensificado estas últimas semanas.

por expulsar a los extranjeros. Pero si emplea en ello dieciocho meses, o dos años, y durante ese intervalo de tiempo la movilización francesa queda dificultada o paralizada, el mal estará hecho y la paz europea, atacada en Europa Central, por ejemplo, podrá sufrir las consecuencias.

España no ha constituido nunca un objetivo ni para Alemania ni para Italia. Estas no ven en ella sino el medio de debilitar y, en caso necesario, inmovilizar a los Estados occidentales, mien-

tras tratan de llevar a cabo las transformaciones territoriales y políticas que se han asignado. Desde el principio, desde agosto de 1936, los Gabinetes de Londres y París, al tiempo que evitaban por todos los medios mezclarse en el conflicto español, debieron haber exigido, inflexiblemente, el respeto de los tratados y del orden establecido en el Marruecos español y en las Baleares. El discurso de Eden tiene un retraso de catorce meses.

El 8 de octubre, por la noche, los fascistas vascos iban a provocar desórdenes en Hendaya y San Juan de Luz.

A determinada hora, durante la marea alta, las milicias fascistas francesas (si se las puede llamar francesas), encuadradas en las tropas de Franco, habían de pasar la frontera y ocupar la carretera nacional número 10.

Al mismo tiempo, columnas motorizadas debían atravesar los puentes de Hendaya y de Behovia, después de haber reducido a la impotencia a los guardias móviles, a los aduaneros y a los gendarmes de servicio. Otros grupos armados habían de atravesar los Pirineos por el Rhune —fortificado por ingenieros alemanes— para ayudar a los «nacionales» franceses.

Pero no es esto todo. En Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastián, habían sido concentrados algunos barcos que debían traer del otro lado del Bidasoa, formaciones armadas, cuya misión era coger por la espalda a los defensores eventuales de Hendaya.

En general, Mancini estimaba que serían suficientes dos horas, para llevar a cabo con buen éxito esta operación.

Luego se hubiese planeado un levantamiento «nacional» en el País Vasco y se habría aprovechado la situación creada en Francia para iniciar otras ofensivas en el Continente y acabar con la España republicana.

Este plan, por insensato y romántico que sea, prueba que el fascismo no retrocede ante ningún medio para alcanzar sus fines. Recordad el *Oustacha*, que operó en Croacia estos últimos años, y estaba a sueldo del fascismo italiano.

El plan Mancini fracasó gracias a que fué demasiado a tiempo. Pero, tal vez, no ha sido más que aplazado. ¡Poco importa! Ahora ya estamos advertidos y sabemos lo que podemos esperar de Franco.

Si el plan Mancini fracasó en el País Vasco puede trasladarse a otro sitio, a Marruecos, por ejemplo; y esto sí debe inquietarnos.

Sabemos de origen oficioso, pero seguro que todos los caídos de la zona vecina, refuerzan de manera normal, desde hace algunas semanas, los grupos de sus «partidarios». Algunos caídos tienen, se dice, varios centenares de hombres armados a su disposición.

Y como el reclutamiento es difícil, dicen a sus partidarios: «No tengáis miedo, no es para ir a España, es para hacer la guerra a Francia.»

Añadid a esto el estado de agitación actual de Marruecos, la recrudescencia del espionaje y la activa propaganda antifrancesa dirigida por los fascistas italianos.

Francia no es ya fuerte. Nada puede contra la agitación de los marroquíes. Aunque quisiera someterlos, las potencias que apoyan al le-lam (Alemania, Italia, Franco), se lo impediría, etc...

Se advierte en seguida la maniobra: la invasión extranjera se haría por el Riff, apoyada por una sublevación de tribus.

El Gobierno del Frente Popular la había sospechado ya. El nombramiento de un militar de la valía del general Nogués para la Residencia de Marruecos, lo prueba.

En resumen: el fascismo conserva sus métodos propios: la agitación, el terrorismo; después, el golpe por sorpresa de una minoría armada y disciplinada.

Sólo falta saber si estamos dispuestos a soportar por más tiempo en nuestro país a los que conspiran contra Francia y contra el régimen que ella se ha dado.

¿Esperaremos a ser víctimas? ¡Depuración! ¡Depuración! ¡Depuración!

F. DEBARE

(«La Dépêche de Fes», 16-X-937.)

A pesar de todo aún pueden los dos Gobiernos salvar la paz. Lógicamente, los dos Estados talitarios, por razón de su penuria económica, no están en condiciones de lanzarse a una campaña de cierta duración. Su escasez proviene de que estiran limitados nuestros desórdenes interiores, las divisiones de nuestra opinión pública y nuestra resignación.

FERTINAX

(«L'Echo de Paris», 16-X-37.)

# El pueblo norteamericano no quiere ser víctima del fascismo

"Por eso está al lado de los heroicos combatientes de España", nos dicen los diputados O'Connell y Bernard, que se hallan ahora en Madrid

Han venido a España y ahora están en Madrid, dos diputados norteamericanos: mister Jerry O'Connell, demócrata del partido de Roosevelt, y mister Jean T. Bernard, perteneciente al partido obrero campesino.

## En España se defiende la democracia

Ambos, de las impresiones recogidas, se expresan de la siguiente manera:

—Desde nuestra llegada a España nos hemos sentido profundamente impresionados por el aspecto que ofrece un pueblo heroico, construyendo escuelas y casas al mismo tiempo que lucha contra una brutal invasión fascista. Hemos visto que la República española está dispuesta a impedir la anulación de la independencia y democracia del pueblo español, cosa que pretenden Franco, Hitler y Mussolini.

Nos parece que esta lucha por la libertad y por la democracia, es de gran interés para todos los países democráticos del mundo, pues la democracia mundial se halla seriamente amenazada por las mismas potencias agresoras que bombardean a los indefensos niños y mujeres de Madrid, Valencia y otras incontables ciudades y pueblos.

Saludamos al pueblo español por su magnífica lucha, y confiamos sinceramente en que esas naciones democráticas que se han negado hasta aquí a conceder al Gobierno español, legal y democráticamente elegido, el derecho de adquirir armas y municiones, se darán pronto cuenta de que una política semejante ayuda directamente a las fuerzas de la agresión.

La negativa continua a conceder a la República española sus propios derechos apresurará —éste es nuestro temor— la llegada de una guerra mundial con todos los peligros consiguientes para la libertad y la democracia, como el Presidente Roosevelt, tan acertadamente, ha señalado en su último discurso.

A nuestro regreso a los Estados Unidos haremos todo lo que nos sea posible e informaremos a nuestros colegas de la Cámara de representantes y al pueblo norteamericano de la urgente necesidad de conceder al pueblo español la ayuda que con justicia tiene derecho por arreglo a la ley internacional. Puede hacerse esto muy sencillamente: con sólo establecer la distinción que existe entre el agresor y la víctima. Hacer cualquier otra cosa no es neutralidad.

## También en Norteamérica hay reaccionarios

Bernard —alegre, jovial, simpático, que luce en la solapa la insignia del batallón Amigos de Lincoln, entidad que ayuda a la España republicana, añade:

—A nosotros no se nos oculta la realidad de la lucha que se mantiene en España. A pesar de ello, hemos querido venir a verlo directamente. Cuando regresemos a nuestro país haremos una intensa campaña e informaremos minuciosamente de todo lo que hemos visto y de lo mucho que se puede hacer por España. Diremos que en España quiere ser crucificada la democracia. Y hablaremos del heroísmo de un pueblo que lucha en defensa de la libertad.

—¿Qué se piensa en los Estados Unidos de la guerra en España? —En los Estados Unidos también hay reaccionarios. Allí están los Morgan, los Hearst, los Dupont y tantos otros que representan la política antidemocrática. Pero el verdadero pueblo norteamericano, está al lado de la España republicana, y no ignora la verdad de lo que en España ocurre.

O'Connell, elegante, fuerte, joven, a pesar de la calva, afirma:

—La popularidad de Roosevelt es extraordinaria. Y su política cuenta con muchos adeptos. Es verdad que en Norteamérica hay reaccionarios; pero el pueblo no lo es. El pueblo norteamericano es un decidido defensor de la democracia. Esto se manifiesta en diversas ocasiones. Una de estas ocasiones fué con motivo de las elecciones para elegir Presidente. Entonces, el noventa por ciento de la Prensa hacía campaña contraria a la política de Roosevelt. A pesar de ello, Roosevelt resultó elegido, con una votación superior a la obtenida por ningún otro Presidente norteamericano.

Pero en los Estados Unidos se observa también un síntoma del que todos nos debemos felicitar. Hasta ahora, los Estados Unidos habían practicado una política de aislamiento. El último discurso de Roosevelt demuestra que se quiere terminar con esta política. Han in-

fluido en ello varios hechos; pero hay que destacar, en primer término, los sucesos de España, y muy especialmente los de China. Las noticias de los bombardeos contra ciudades indefensas han hecho ver al pueblo norteamericano que algún día pueden ser sus mismas ciudades las bombardeadas...

Y mientras se tiran varias placas por los compañeros fotógrafos, los dos diputados norteamericanos siguen hablando de la admiración que despierta en todas las democracias la lucha que sostiene el pueblo español.

—Nosotros —vuelven a decir—, ya sabíamos la verdad de lo que ocurría. A pesar de ello, hemos venido a verlo personalmente, y a saludar al mismo tiempo al pueblo español. Cuando regresemos a nuestro país, hablaremos a todos de lo que hemos visto y del magnífico ejemplo que está dando este pueblo heroico.

(«El Sol», Madrid, 21-VIII-37.)

En cuarta página:

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

(Continuación)

# El fascismo a orillas del Mediterráneo

## Dos cortejos en Tánger

### Los "Scarface" del café de la Unión

Sucedió en la noche del jueves 23 de agosto, cuando la Falange y el Fascio reunidos, celebraban con gran derroche de luces y de banderas nacionalistas roja y gualda, la victoria indiscretamente italiana de Santander. Los cafés de la ciudad alta hallábanse atestados de clientes de la victoria y de ricos mientras que los de la ciudad baja a lo largo del mar albergaban a los humildes, que frente a un anís, más amargo que de costumbre veían juntos, el cadáver de la esperanza cantábrica.

Un automóvil de alquiler pasa, largo y sombrío, lleno de manifestantes fascistas con camisas azules y flechas rojas bordadas.

Pasa la primera vez lentamente por delante de dos cafés vecinos, frecuentados por clientela popular. Uno de esos cafés lleva el nombre de «Madrid», el otro se llama de la «Unión».

El auto se detiene al final de la avenida para que bajen de él dos mujeres y un niño, y luego se vuelve y pasa de nuevo, con marcha más acelerada frente a los dos cafés. Como trabajo de gansters, no cabe duda que es trabajo bien ejecutado! Cuatro disparos de pistola ametralladora frente al primer café, dos frente al segundo y seis hombres que caen, con el cuerpo atravesado. La muchedumbre se aglomera en torno a las víctimas, mientras que dos espectadores corren al teléfono. Durante cerca de media hora tratan de obtener comunicación, el uno, con la Policía, el otro con el hospital. Pero no lo lograron, hasta el momento mismo en que el chauffeur de los gansters hubo franqueado, a doce kilómetros de la ciudad, el puesto fronterizo

español, de la carretera de Tetuán y los otros criminales, que habían descendido del coche poco antes, hubieron abandonado también, a campo traviesa, el territorio de la zona de Tánger.

La clave del enigma es de una sencillez infantil: la sociedad concesionaria de los teléfonos que es española está en poder de los blancos y se ha convertido, naturalmente, en su principal instrumento de espionaje y, cuando llega el caso, en auxiliar dócil y discreto de sus planes siniestros.

Pero volvamos a las víctimas. Se les llevó, al fin, a la mesa de operaciones del hospital excepto a uno, que había muerto. Momentos antes jugaba al billar; estaba alegre y despreocupado como correspondía a su edad. Tenía dieciocho años y se llamaba Francisco Riquelme.

Su madre grita enloquecida en el café de la Unión, llora inconsolable en la ambulancia y prorrumpe en desesperados lamentos en la cámara mortuoria del hospital. Ha perdido a su hijo; y ni siquiera le queda la esperanza de vengarse, el menos por medio de lo que aquí se llama todavía «la justicia».

¿Qué apostamos que este proceso termina lo mismo que aquél del empleado español, que fué raptado por un doctor talangista, hace ya algunos meses? Rapto con cloroformo operado con todas las reglas del arte. El doctor fué absuelto o, para hablar con más exactitud, condenado a quince días de prisión conmutables; y se marchó en seguida hacia nuevas hazañas, sólo le faltaron las felicitaciones, por lo menos oficiales, del tribunal. Es de justicia agregar que el cloroformizado fué casi inmediatamente perforado por unas cuantas balas al otro lado de la frontera, con lo cual tuvo la suerte de no padecer las náuseas de la droga.

# Ningún Gobierno de Francia puede tolerar que se intercepte su ruta marítima de África

No hace mucho tiempo, que M. Colen —dice Jules Sanerwein en «Paris-Soir»— al referirse, en un discurso, a la línea de comunicaciones Este-Oeste en el Mediterráneo, declaraba: «Es la gran ruta arterial del imperio británico».

Francia puede decir exactamente lo mismo, con la diferencia de que para ella esta arteria vital se dirige de Norte a Sur.

La ruta inglesa no pasa lejos de las Baleares, pero la ruta francesa pasa por las Baleares. De manera que, si este archipiélago tiene para la Gran Bretaña un interés de primera importancia, para nosotros reviste un interés esencial.

Ha habido rudas batallas en el transcurso del siglo XVIII por la posesión de las Baleares. Tan pronto se quedaba Francia con ellas como debía cederlas a Inglaterra. Ahora bien, en aquella época no tenían para nosotros el mismo valor que actualmente, puesto que nuestro imperio colonial estaba disperso por el mundo y África del Norte no nos pertenecía. Hoy, el hecho de amenazar la comunicación entre África del Norte y Francia del Sur, es tan grave como el de amenazar una vía férrea o una ruta esencial en el propio territorio francés, tanto desde el punto de vista económico, como desde el punto de vista de la movilización de nuestras fuerzas en caso de conflicto.

Los accesos a Túnez están ya suficientemente perturbados por la

organización de la isla de Pantelleria sin que por ahora, por la posesión de las Baleares, lo estén los de Argelia.

Italia ha establecido bases aéreas navales en la isla de Mallorca, es preciso que se sepa, —si Italia tiene la intención de hacer otro tanto en la isla de Menorca, o dar un carácter de permanencia a la base de Mallorca— que para Francia, sería ese un estado de cosas que ningún Gobierno aceptaría. La línea recta que va de Marsella a Orán, pasa por Palma de Mallorca; la de Marsella a Argel pasa por el puerto de Mahón, en la isla de Menorca. Los hidroaviones y submarinos instalados en estas islas harían la ruta de los navíos extremadamente peligrosa y les obligaría a navegar mucho más al Este; es decir, acercándose a las costas de Cerdeña y de Charybde a Seylla!

Cuando afirmamos estas verdades evidentes, bien en nuestras conversaciones diplomáticas, bien en nuestra prensa, los periódicos italianos fingen sorpresa. «Francia —dicen— agita el espanta-pájaros de las rutas imperiales».

Así Francia, quiere convertirse en un vigilante centinela, con el pretexto de que los italianos amenazan sus comunicaciones.

Pero Italia, aunque niegue que quiere apoderarse de Mallorca, declara, por la voz de la prensa, «que si Francia e Inglaterra se instalan en esta isla, surgirían complicaciones más graves que todas las que podrían resultar de la guerra civil».

Hay un medio muy simple de impedir que ni siquiera se sueñe en la ocupación de Menorca, y es dejar de transformar Mallorca en base estratégica italiana. Sobre este asunto no hay en Francia divergencias ni siquiera matices de apreciación. Y el embajador de Francia en Londres, M. Corbin, se lo habrá dicho así de nuevo a M. Antony Eden.

## Los intelectuales alemanes desterrados en París, editan una revista en favor de la causa republicana española

PARIS. — La Sociedad alemana de Intelectuales —Sección Francia—, acaba de publicar una edición especial de su revista, «El Escritor Alemán», que titula «España».

A despecho del terror que impera en Alemania, este número especial se ha difundido clandestinamente por todo el territorio nazi, y ha contribuido a extender la verdad de lo que ocurre en la tierra española.

Con las armas y con la pluma, los escritores alemanes luchan por la España republicana, conscientes de defender en ella los bienes más importantes de la cultura alemana, contra el asalto del fascismo hitleriano.

Entre los escritores que han colaborado en esta magnífica edición dedicada a España, figuran Thomas Mann, Heinrich Mann, Egon Erwin Kisch, Anna Seghers, así como los miembros de la Sociedad alemana de Intelectuales, que desde el principio de la guerra han combatido en las filas de las Brigadas Internacionales, Gustav Regier, Ludwig Renn, Hans Marchwitza, Alfredo Kantorowicz y Bodo Uhse.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

un capítulo de frailes, los honores verbales de un triunfo por delegación.

### Maniobras italianas

No quiero hablaros de la inaudita arrogancia de los marineros italianos, en contraste con la paciencia prudente y meritoria de los marineros de franceses e ingleses y la corrección de los alemanes, cuando las patrullas de aquellos desfilan a lo largo de las avenidas de la ciudad de Tánger, como en terreno recientemente conquistado; ni de sus expediciones «punitivas» a las imprentas de los periódicos españoles que cometen la imperdonable falta de preferir que los extranjeros estén alejados del suelo patrio, a que se injertan por traición, en la carne viva de su país natal.

¿Para qué desviar tampoco vuestra atención hacia los distintos libelos, editados bajo la égida del consulado de Italia, en español, en francés y sobre todo en árabe? El monótono fastidio que produce su lectura les hace traspasar el objetivo que tenían señalado; inspirar a los indígenas el menosprecio de una Francia que les ha proporcionado, sin embargo, en medio de

tantos bienes materiales, aquello que nunca habían conocido: la «justicia». Esa misma justicia que los agentes de una dictadura tratan hoy de destruir en Tánger, girón del territorio jerifiano, que la guerra de España acaba de transformar en una isla.

El exceso de anécdotas, el exceso de relatos de increíbles abusos, acabarían por distraernos de esta verdad esencial: «Roma ha decidido (para ello trabaja sistemáticamente), crear en Tánger, es decir, frente a Gibraltar y en el punto neurálgico de las comunicaciones imperiales y francesas, graves desórdenes, que le proporcionarían el pretexto para realizar un desembarco en esta ciudad.

Y tendremos, si no una nueva Mallorca, porque la paciencia de Francia tiene límites y me parece que también los tiene la de Inglaterra, por lo menos la plataforma ideal, que el eje Berlín-Roma puede ocupar para mantener una amenaza de guerra.

La bolsa o la vida, exigirán las dictaduras asociadas: la bolsa podría ser, quizá, el reconocimiento, materialmente poco costoso, de la invasión brutal de Etiopía, o la aceptación por las potencias de la in-

vasión de España, con sus consecuencias; pero es, sin ninguna duda, el entierro del «Estatuto», el refuerzo en Tánger de la débil posición real de Italia, introducida aquí en otro tiempo por la caridad de un tratado; la nueva introducción correlativa de Alemania, expulsada a comienzos de la Gran Guerra; y, para decirlo en una palabra, la destrucción, en el Mediterráneo, de un equilibrio delicado y casi biológico. Después de lo cual, y como en tiempos de los berberiscos, los caminos más esenciales para la vida espiritual y material de Occidente, correrían el riesgo de caer bajo el dominio de un solo poder.

### A manera de epílogo

¿Qué significa todo esto?

Sicilia y la nueva base naval de Pantellaria, en la otra puerta del Mediterráneo occidental, bastan para mantener el instinto de conservación de los distintos Almirantazgos. Por otra parte, la digestión de la presa abisinia se presenta, a los ojos de los observadores, como una obra de romanos o de Gargantúa más que como ocupación recreativa.

Pero volvamos a los dos corte-

jos funebres del otro día, para observar de paso que la injusticia, y todavía peor, la injusticia expuesta a la mirada de los de fuera, es el colmo de la ceguera, sobre todo cuando emana del que se ha impuesto la tarea de reconstruir el Imperio romano.

Los dos cortejos no se encontraron... Si, por muy poco, se logró evitar la terrible colisión entre los dos pabellones españoles, ello se debe a los representantes de Francia y del Sultán, quienes, desde hace quince meses, con sin igual habilidad y buena fe a toda prueba, se dedican a prever tempestades y a cerrar las vías de agua de la nave internacional.

Su labor del otro día fué especialmente ardua, dadas las circunstancias y el día y la hora que habían escogido los fascistas para su sacrilegio *Te Deum*. Por lo demás, el jefe italiano de éstos llevó su descaro hasta el grado de exigir que el administrador francés respondiera de la seguridad de su manifestación, bajo la amenaza, claramente expresada esta vez, de un desembarco.

La opinión de las «buenas personas», de la ciudad acerca del drama del «Madrid» y del «Unión»,

fué expresada por un inquieto abogado fascista de los tribunales de Tánger, en el café chic de la ciudad, el bar Roma —bien nombrado— en el que noche y día se enrollan y desenrollan esas vendadas momias, que no otra cosa son las terminables charlas de los españoles vagos y ociosos, de la tertulia, como ellos la llaman.

—Si —decía el abogado—, respecto uno de ellos muerto y otros heridos. Pero teníamos tomadas todas las precauciones y no habíamos posibilidad de herir a un inocente. Todos nosotros hemos difundido tanto, desde hace meses, la lista de los cafés prohibidos, que ya nuestros se la saben de memoria, así como nuestros simpatizantes indígenas. En el «Madrid» y en el «Unión» no podía, pues, haber chusma y canalla judía.

¡Cuántos Franciscos Riquelmes tendrán aún que morir asesinados en los barrios humildes de una subprefectura africana —sobre la que pesa hipócritamente el cuidado ostentoso de siete naciones europeas— para que Europa, quiero decir la conciencia de Occidente, se sienta por fin en connivencia!

FRANCISCO DE PIERREFEU («Marianne», 13-X-37.)

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título original de Silvio Trentin

(Continuación)

### Los antifascistas fuera de la ley

En lo que respecta a las leyes contenidas en el primero de estos grupos, el legislador ha realizado la labor que le incumbía con la aplicación intransigente de esta directiva perentoria: el restablecimiento, en un plan jurídico, de la oposición —desde hace mucho tiempo inexistente en todo sistema de derecho— entre amos y siervos, colocando fuera de la ley a los últimos.

A partir del mes de noviembre de 1926, los italianos fueron, en efecto, divididos en dos grandes categorías: fascistas y antifascistas. Sólo los primeros pudieron, desde entonces —y en la proporción en que afirmasen sus títulos en los actos oficiales y en la práctica constante de sumisión total a gusto del Gobierno del Estado— prevalecer de la calidad y de la dignidad de ciudadanos.

Hay que reconocer que, merced a los retoques hechos con anterioridad y de una manera solapada, a la antigua legislación, las condiciones previas a la entrada en vigor de este nuevo Estatuto de la vida individual y colectiva, fundado en la abrogación formal del principio de la igualdad jurídica, se hallaban, en conjunto, efectivamente cumplidas.

El italiano antifascista, en el momento que se produjo el atentado de Bolonia, quedó despojado de todas sus prerrogativas cívicas y excluido de *jure* de toda participación en la vida del Estado; ya no le pertenecía ningún derecho político, puesto que el disfrute de los derechos así calificados, estaba subordinado a una profesión de fe fascista más o menos solemne (ley de 24 de diciembre de 1925, sobre las atribuciones del Jefe del Gobierno; artículo cuarto de la ley de 3 de abril de 1926, número 563); le estaba prohibido ejercer ninguna función pública, por cuanto a los funcionarios o agentes de todo orden o grado, la ley de 24 de diciembre de 1925, número 2.300, prohibía formalmente no sólo expresar, sino aun tener opiniones contrarias a las directivas generales del Gobierno; no le era permitido disponer a su antojo (en los límites que encierran la noción general y corriente de lo que es lícito) de su aptitud profesional y de sus fuerzas económicas, puesto que el Derecho de 1.º de julio de 1926 negaba de una manera perentoria toda protección jurídica a las actividades individuales que se pretendiera ejercer fuera de la investigación del partido fascista, y no le quedaba siquiera el recurso de confiar —para la defensa de sus prerrogativas— en el desarrollo automático del procedimiento que tiende, en todo régimen político, a la salvaguardia de la calidad de ciudadano, que pertenece a todo individuo sólo por el hecho de tener una nacionalidad, porque el legislador se había ya apresurado, so pretexto de asegurar la defensa del Estado, a conferir al Gobierno

el temible poder de desprender al ciudadano de su propia patria, de romper —con un acto arbitrario de autoridad— un vínculo personal que, por definición, es indisoluble por un acto o voluntad de otro.

Pero para que estas condiciones previas, realizadas con tanta felicidad por las reformas legislativas fragmentarias que acabo de recordar, pudiesen ser aprovechadas sin demora e íntegramente explotadas, érale necesario al fascismo disponer, inmediatamente, de procedimientos expeditivos de investigación e inspección y de instrumentos poderosos —flexibles a la vez que irresistibles—, de represión.

A satisfacer esta exigencia tan urgente se dedicaron, en primer lugar, los redactores de las leyes y decretos que atribuyeron al Poder ejecutivo la facultad de enmendar y completar a su antojo las disposiciones en vigor en materia de seguridad pública (Decreto de 6 de noviembre de 1926, número 1.848), que establecieron en seguida en el territorio del reino un servicio especial de investigación política que tenía por fin defender el «orden nacional del Estado» (Decreto de 6 de noviembre de 1926, número 1.900), que exceptuaron igualmente de toda inspección el ejercicio de las funciones de policía, sometiendo *a priori* al arbitrio de los agentes encargados de cumplirlas, toda forma de actividad individual o colectiva y que, finalmente, instituyeron para el enjuiciamiento de todo crimen político el Tribunal excepcional del régimen (ley de 25 de noviembre de 1926, número 2.008; decreto de 12 de diciembre de 1926, número 2.062).

### Primera medida de precaución: censo de los ciudadanos «de mala fama»

Con la reforma de la ley sobre la seguridad pública, toda garantía relativa a la salvaguardia de la libertad individual fué fría e irremediamente destruida.

Partiendo del principio de que, por una parte, el fascismo, en la persona de sus jefes, encarna a la nación entera, y que, por otra, la persecución de los intereses del país exige, categóricamente, la obediencia ciega y unánime —por parte de todos aquellos que entran, con el título que sea, en la comunidad nacional— a los órganos del poder que el fascismo instituye a este efecto, el legislador, después de haber establecido una presunción de culpabilidad a cargo de los ciudadanos que, aun no habiendo cometido ningún crimen, no están en condiciones de demostrar de una manera fehaciente su adhesión activa al régimen y a las obras de renovación, cuya iniciativa ha tomado éste, señala a los prefectos la obligación de llevar en cada departamento (con la colaboración de los funcionarios de policía de distrito) una lista de los ciudadanos sospechosos o de mala fama e inviste al propio tiempo a las autoridades a quienes incumbe velar por la seguridad del Estado con el poder de tomar para con estos criminales en potencia las más graves sanciones preventivas que exceden a menudo, por su rigor, a las penas correccionales que administra todos los días la magistratura ordinaria, después de un enjuiciamiento regular y de un proceso contradictorio, a los delincuentes de derecho común. Según los términos de los artículos 166 y 167 de la ley en cuestión, la lista de ciudadanos de mala fama debe comprender a todos aquellos «...que están señalados por la voz pú-

blica como culpables habitualmente de crímenes graves de derecho común.

y a todos aquellos, sobre todo,

...que son sospechosos, según la misma voz pública, de ser capaces de atentar contra la personalidad del Estado y el orden público.»

No hay necesidad de buscar lo que es esta voz pública, intangible y misteriosa, cuyo anónimo sólo basta, por sí sólo, para despojar a cualquier ciudadano de su estatuto personal y, por ende, de toda protección jurídica. Para que sus decretos ininvestigables adquieran fuerza ejecutiva, es necesario registrarlos. Y no es, en absoluto, necesario que los registros indiquen la fuente de autoridad de la cual obtienen la fuerza.

La voz pública es, hoy, la opinión arbitraria de un policía celoso que hace pesquisas por adelantado; mañana será la denuncia secreta de uno a quien no se ha dado propina o de un competidor a quien le van mal los negocios; pasado mañana, la sugestión hipócrita, dictada por el rencor de un adversario vencido.

Si quiere ponerse a cubierto, para siempre, de las amenazas que para todo el mundo implica la atribución a la voz pública del papel institucional de acusados irrefutable, cuyos juicios no sufren contradicción, el ciudadano sólo tiene un recurso: renunciar a toda personalidad, prostituirse metódicamente, y presentar, en toda ocasión, sus méritos fascistas. El hombre libre que quiere seguir siendo —al menos para negarse a manifestar el orgullo de su propia derrota—, está, de antemano, designado para el castigo. Para salvar su alma, le es necesario tarde o temprano, librar su cuerpo.

De un día a otro, el ciudadano de mala fama se convierte en una cosa sometida a la autoridad discrecional de la policía. Por el mero hecho de estar su nombre inscrito en la lista infamante, deja de tener derechos. En todo momento, el prefecto, con la colaboración de una comisión que él mismo preside —para con la cual el acusado no está protegido por ninguna garantía de procedimiento (artículo 170)—, puede infligirle la reprimenda o la amonestación. So pena de prisión de tres meses a un año, si no se halla así, automáticamente, obligado a procurarse en un plazo determinado una ocupación estable —aun cuando pueda demostrar (y éste es el caso corriente), que no hay patrono que quiera admitirlo— a fijar su residencia y no alejarse de ella sin dar previo aviso a las autoridades, a no entrar en su casa ni salir de ella más tarde o más temprano de la hora fijada, y a no tomar parte en reuniones públicas.

Si el acusado tiene mala fama por razones políticas, la orden del prefecto puede contener, además, «todas aquellas otras prescripciones, que la policía juzgue necesarias, con respecto a la situación particular del reprimido, y a las exigencias especiales de la defensa social del Estado.» (Art. 172.)

Hace algunos años, estudiando la antidemocracia, llegué a comparar la condición en que coloca a sus adversarios el fascismo —con ayuda de las normas que acabo de señalar—, con aquella que estaba reservada en otro tiempo a los apostados. Hoy, me inclinaría más bien a equipararla —por muy desagradable que pueda parecer la imagen— con la del ratón que el gato ahito conserva vivo para su recreo.

(Continuará)